

El ser del ser humano, motricidad y trascendencia

Jorge R. Gómez

Facultad de Actividad Física y Deporte. Universidad de Flores

jgomezuflo@gmail.com

Resumen

Es ser humano es un ser-ahí (*Dasein*), con el desafío existencial de la inexorable imposibilidad que implica su finitud vital, pero que, al decir de Heidegger, lo instala ante la posibilidad de determinar su existencia, de construir y realizar un proyecto de vida. Para ello cuenta como ente corpóreo y situado, con la motricidad como intencionalidad operante que le posibilita el hacer y, consecuentemente, trascender a través de sus actos.

Su necesidad de trascender para superar la angustia existencial, lo ha llevado a buscar en el mito, la religión y finalmente en la ciencia el conocimiento que le posibilite proyectar y construir su deber ser humano. En este devenir, ha desarrollado la ciencia con base experimental-racional, que lo ha descorporalizado, fragmentando analíticamente en su estudio y tratamiento. Sin embargo, desde otra perspectiva paradigmática surgió la fenomenología para investigar en forma holística, hermenéutica, los fenómenos del ser del ser humano, interpretando a la motricidad como un fenómeno esencial.

Para la educación física se presenta el debate de seguir sosteniéndose desde el conocimiento de base empírico-racional o el surgido del enfoque hermenéutico-histórico, a fin de desarrollar un accionar que posibilite la comprensión profunda y trascendente del ser-en-sí-práxico.

Palabras clave: Ser-ahí (*Dasein*). Motricidad. Fenómeno. Trascendencia. Praxis

El ser-ahí (*Dasein*) y la motricidad

El ser del ser humano es la pregunta esencial de la filosofía: “La pregunta por el sentido del ser debe ser *planteada*”, señala Heidegger (1927:15), a partir de establecer que el ser del ente humano es un **ser-ahí** (*Dasein*¹), en el transcurso del tiempo y en la búsqueda de la comprensión del mundo y de sí mismo que lleve a encontrar el sentido de la existencia y desarrollar su **posibilidad**. Heidegger (1927), continuando a Husserl, recurre a la fenomenología como método filosófico para encontrar las respuestas, coherente con su pensamiento respecto a que el estudio de lo fenoménico, posibilita llegar al conocimiento del ser de los entes.

“La pregunta por el ser exige, en relación a lo interrogado en ella, que previamente se conquiste y asegure la forma correcta de acceso al ente. Pero llamamos “ente” a muchas cosas y en diversos sentidos. Ente es todo aquello de lo que hablamos, lo que mentamos, aquello con respecto a lo cual nos comportamos de ésta o aquella manera; ente es también lo que nosotros mismos somos, y el modo como lo somos.”, sigue Heidegger (1927:17), llevando a ocuparnos de dos entes imbricados entre sí, motivo de nuestro particular interés: el ente humano y su motricidad, considerada ésta como ente esencial para comprender su ser-en-sí.

Remitiéndonos al problema del ser del ser humano, podemos establecer que una dimensión esencial del ser humano es su entidad corporal, existir en y a través de un cuerpo genéticamente dispuesto de una motricidad que posibilita al *Dasein* la experiencia existencial y trascendente a partir de la conciencia del mundo, de sí mismo y, especialmente, de la comprensión de la única imposibilidad de resolución humana: el final de la vida, impredecible e inexorable.

Heidegger, dice al respecto: “La muerte es la posibilidad *más propia* del *Dasein*. El estar vuelto hacia esta posibilidad le abre al *Dasein* su *más propio* poder-ser, en el que su ser está puesto radicalmente en juego. (...) El *Dasein* no puede

¹ Da-sein: estar sosteniéndose dentro de la nada del Ser [*Seyn*]; sosteniéndose en cuanto comportamiento [*Verhältnis*].

ser *él mismo de un modo propio* sino cuando, por sí mismo, se posibilita para ello". (1927: 259)

Es decir, cuando el *Hombre*² se libera de la angustia de la muerte para generarse a sí mismo, a determinarse y determinar su proyecto existencial en la comprensión del mundo y de los otros.

“Libre para las posibilidades más propias, determinadas desde el *fin*, es decir, comprendidas como *finitas*, el *Dasein* conjura el peligro de desconocer, en virtud de su comprensión finita de la existencia, las posibilidades de existencia de los otros que lo superan, o bien de forzarlas, malinterpretándolas, a entrar en la existencia propia —renunciando así a su más propia existencia fáctica” (Heidegger, 1927: 260).

Este punto es crucial en el análisis de la motricidad humana, como expresión de la corporeidad y, por ende, como ente necesario de comprender en su gran complejidad. “La motricidad humana es la base para la determinación de la esencia del Hombre. Es por ella que el Hombre se materializa y revela, en el ámbito de un proceso donde el deseo de trascendencia desempeña un papel primordial de mediación.” (Sergio, 1999:7)

El Hombre es *práxico* o, en términos de Heidegger, puede decirse que el *Dasein*, es *práxico*, se concreta en el actuar como ente dinámico que se integra al Mundo e interviene al Mundo, modificándolo y, al mismo tiempo, modificándose a sí mismo, lo que constituye una de sus características esenciales. Y lo logra por medio de una motricidad emocional, inteligente, vinculante, que se presenta como un fenómeno de múltiples apariencias y manifestaciones.

El abordaje de la motricidad humana, por ende, no puede realizarse fragmentaria o simplificada desde el estudio científico de algunos de sus aspectos constitutivos o de algunas de sus manifestaciones, bajo el riesgo de minimizar o no alcanzar un conocimiento que posibilite a los seres humanos la disponibilidad plena de sí mismos. Heidegger explicita, respecto a las manifestaciones privativas de un fenómeno que

2 Del lat. *homo*, -*ñis*. 1. m. Ser animado racional, varón o mujer.

“Manifestarse es anunciar-se por medio de algo que se muestra. Cuando se dice, entonces, que con la palabra manifestación [“Erscheinung”], apuntamos a algo en lo que se manifiesta una cosa que no es ella misma “manifestación”, no queda circunscrito el concepto de fenómeno, sino que ese concepto queda más bien supuesto”. (1927: 39)

Con referencia a la motricidad, y a modo de ejemplo, un salto en longitud realizado en un torneo de atletismo colegial, es una manifestación de la misma, pero no muestra la totalidad de la entidad motriz del sujeto que ha realizado el salto; éste acto la supone, pero no es la motricidad en sí misma. Más aún, puede solaparla, tergiversarla, si el sujeto ha sido obligado a participar y, en base a su posibilidad motriz, lo hace, no *mostrando* aspectos de sus deseos, intereses, relativos a su en-sí motor, superados por la necesidad más imperiosa de ser aceptado por los “[...] otros que lo superan [...] renunciando así a su más propia existencia fáctica”, como citáramos anteriormente. Este es un punto clave en el análisis de las manifestaciones motrices de los seres humanos, restringidas por un *deber ser* condicionante en la mayoría de los casos, que analizaremos con mayor profundidad más adelante.

Consideramos que es a través de la fenomenología, que Merleau-Ponty (1945:7), en continuidad con Husserl y Heidegger, define como “[...] una filosofía trascendental que deja en suspenso, para comprenderlas, las afirmaciones de la actitud natural, siendo además una filosofía para la cual el mundo siempre «está ahí», ya antes de la reflexión, como una presencia inajenable, y cuyo esfuerzo total estriba en volver a encontrar este contacto ingenuo con el mundo para finalmente otorgarle un estatuto filosófico.”, que podremos comprender los fenómenos que emanan de esta entidad propia del ser humano. Desde Heidegger se agrega que “La confusa variedad de los ‘fenómenos’ nombrados por los términos fenómeno, apariencia, manifestación, mera manifestación, sólo se deja desembrollar cuando se ha comprendido desde el comienzo el concepto de fenómeno: lo-que-se-muestra-en-sí-mismo” (1927: 40).

La motricidad humana puede ser estudiada en su ser-en sí, a través de los fenómenos que la muestran y la manifiestan. Al respecto, el filósofo portugués

Manuel Sergio ha buscado crear una Ciencia de la Motricidad Humana, basada en el análisis fenomenológico de la misma y en una concepción holística del Hombre; en simultáneo –siendo ambos contemporáneos- Pierre Parlebas, intenta investigar al ser humano como *ser práxico*, utilizando lo que ha denominado *praxeología*, desde otra perspectiva científica, más atenta a las conductas y acciones motoras que al estudio y debate filosófico de la motricidad en-sí.

Por otra parte, la perspectiva científica empírico-racional de corte positivista, investiga los elementos y factores estructurales de la motricidad humana – particularmente los biológicos-, estudio éste que ha condicionado largamente y aún condiciona la aprehensión holística e intuitiva de su entidad. Las explicaciones empírico-rationales del funcionamiento anátomo-fisiológico del organismo humano, del cuerpo tratado objetivamente, no son suficientes para comprender la compleja trama de lo que significa para el Hombre la disponibilidad motriz de sí mismo ligada a su necesidad de ser y trascender, llevando a ocuparse fragmentada y aisladamente del cuerpo y sus constituyentes orgánicos, separados del ser en sí, del *Dasein*.

Sergio, describe con claridad:

“El cuerpo no es físico tan solo. Es la diferencia y, por eso, se mueve. La motricidad, o sea, la virtualidad para la acción, es la razón del convertir y no el convertir de la Razón. Hay en ella un deseo original, un evento perfectamente aleatorio que la Razón autosuficiente no entiende. Es preciso pasar de lo físico a lo motor (o de lo físico a la motricidad, teniendo en cuenta lo que esta palabra significa en la fenomenología), provocar el pasaje de un tipo de organización mental a otro.” (1999: 5)

La racionalización utilizada con sentido simplificador, presenta la paradoja de realizar exhaustivas investigaciones de laboratorio para conocer el funcionamiento fisiológico del cuerpo humano y no poder explicar el fenómeno integral de la vida humana, sus procesos complejos, inciertos e indeterminados para ser, estar y hacer en el Mundo.

La existencia trascendente de todo ser humano es factible sólo a través del hacer, y el hacer siempre implica su potencialidad y posibilidad motriz. A todo

vida humana subyace la necesidad de *trascender*, de superar la imposibilidad última, como expresión constante del *Dasein*. Esto implica pensar de un modo diferente en la importancia de la motricidad; nada le resulta al hombre posible sin disponibilidad para hacer, para actuar, aún en las peores condiciones de discapacidad motriz. La motricidad, como ente complejo, es sustento del sentir, percibir, actuar y luego pensar, conocer, integrarse socialmente y con el espacio particular del universo que el ser humano integra, para programar sus nuevos actos, en un círculo virtuoso que constantemente se modifica y lo modifica.

Desde la perspectiva de la trascendencia planteada por Sergio, las acciones motrices con sus distintos matices de autenticidad respecto al *Dasein*, cobran un sentido más profundo y más intenso, porque son “*intencionalidades operantes*”. Para explicar este sentido de la motricidad Merleau-Ponty nos dice:

De ahí que Husserl distinga la **intencionalidad de acto** —de nuestros juicios y tomas voluntarias de posición, [...] y la **intencionalidad operante** (*fungierende Intentionalität*), la que constituye la unidad natural y antepredicativa del mundo y de nuestra vida, la que se manifiesta en nuestros deseos, nuestras evaluaciones, nuestro paisaje, de una manera más clara que en el conocimiento objetivo, y la que proporciona el texto del cual nuestros conocimientos quieren ser la traducción en un lenguaje exacto. (1946: 17. El resalto es propio)”

La motricidad es previa al conocimiento, tiene sentido en sí misma, propia entidad, aunque se la circunscriba y limite externamente o el propio ser humano la limite, paradójicamente, por una conciencia racional restringente.

A partir de lo planteado anteriormente, nos interesa desarrollar el problema de la trascendencia y el modo en que el ser humano opera motrizmente en función de la misma; esta cuestión es difícil de dilucidar por las diferentes formas de comprensión y actuación que los seres humanos manifiestan al respecto, por lo que circunscribiremos su tratamiento a los campos de intervención profesional de nuestra incumbencia y a la influencia que su abordaje sistemático produce en la vida de los sujetos involucrados.

Educación física, motricidad y trascendencia

Trascender (de *transcender*)³, en sus varias acepciones, significa superar un límite, ir más allá de la situación actual, develar lo oculto. Sin embargo, en términos filosóficos, ese ir más allá implica para el Hombre intentar superar la imposibilidad última, descrita por Heidegger, generando inexorablemente búsquedas de distinto tipo para trascenderla, superarla.

Trascender es un intento constante, vital, impulsor de la lucha existencial de todo ser humano, cualquiera sea su circunstancia de vida. Las posibilidades de trascendencia personal son inconmensurables y propias de cada sujeto; cada acción intencional que realiza posee una carga mayor o menor de sentido en la búsqueda de trascender o trascender-se. En algunos casos es íntima, como en el de los creyentes en otra vida, que en la oración y el recogimiento encomiendan su trascendencia espiritual a un ser superior; en otros, la trascendencia se asienta en su accionar para dejar una impronta, un legado, una historia perdurable en el mundo terrenal y en la memoria de los Otros y, también, se encuentran los que no les resulta posible creer en otra instancia superior de vida o actuar para trascender terrenalmente, en la mayoría de los casos porque han sido o se sienten marginados de *poder ser*, de realizar un proyecto de vida satisfactorio –en términos de la utopía moderna y racional– sumidos y vulnerabilizados en su derecho a ser plenamente humanos desde esa pretensión; sin embargo, en su accionar que resume esta situación, tal vez esté presente una forma de trascender por contradicción y rebeldía con un *deber ser* que les resulta ajeno. Cada uno de los sujetos descriptos –con los múltiples matices y variaciones en el sentido de la trascendencia que cada uno construye– refleja en su cuerpo y en sus acciones motrices sus determinaciones y formas de asumirla. Es decir, que la motricidad humana es la forma de expresión de la necesidad de trascender y en cada acción motriz el ser trasciende “produciendo consecuencias”⁴.

3 Trascender. (De *transcender*). 4. intr. Estar o ir más allá de algo

4 Idem ant. 3 *intr.* Dicho de los efectos de algunas cosas: Extenderse o comunicarse a otras, produciendo consecuencias.

Si analizamos desde esta perspectiva las actuaciones humanas, en cada una de ellas el trascender desde sí está presente. Un niño que arroja una pelota, está proyectándose hacia el exterior de sí, produciendo un cambio en la situación y rápidamente mira a su alrededor para observar cuál ha sido el efecto de su acto en quienes están con él; esa búsqueda de aprobación o aunque más no sea de atención, está relacionada con la intención latente, omnipresente en cualquier momento de la vida, de trascender. Desde este simple ejemplo, y refiriéndonos a nuestro campo cultural, podemos llegar al deporte de alta performance, en que los atletas pugnan por el oro olímpico para quedar en los anales del COI y asegurarse un lugar reconocido y recordado en la historia, “trascendente”, superador del anonimato. “En resumen, hay que hacerse ver y ser visto para existir. Para decirlo de otro modo, no existimos sino en y por la mirada del otro” (Maffesoli, 2000:131)

Sin embargo, otra manifestación de la trascendencia es el trascender-se. En este caso el sujeto, tomando conciencia de su en-sí corporal –y apartándose de las influencias constitutivas externas- realiza acciones motrices introyectivas, con la intención de ampliar su conocimiento íntimo, explorar alternativas sensorio-motrices nuevas, ampliar su habilidad motriz por el simple placer de lograrlo. En muchos casos, las manifestaciones motrices son casi imperceptibles en términos de desplazamiento corporal, pero posibilitan la introspección, la meditación profunda en búsqueda de concientizar el *Dasein*; la sensibilidad es la clave: el percibirse a partir de la conciencia sensible de la entidad corporal y sus fenómenos inmanentes.

Este trascender-se puede ser desarrollado, también, en otro sentido, ligado con la vida cotidiana, con el ser-ahí inmediato, fluido y constante, diverso e incierto, que requiere de habilidades variadas, a través de las que el ser humano debe resolver su existencia. La precisión de las acciones, los aprendizajes prácticos relacionados con cada universo de intervención, requieren de un sujeto que conozca sus posibilidades y dificultades resolutivas e intente integrar una motricidad sensible y efectiva para no quedar bloqueado en la imposibilidad. Y este conocimiento no tiene un origen racional, sino ópticamente experiencial. Existe un particular disfrute en la comunicación práxica con el Mundo, sus

cosas y los Otros, ligado con la sensación placentera de poder, de trascender los obstáculos y desafíos de la cotidianidad, cuestión no considerada por una educación física ocupada del funcionalismo y la productividad, atada a un *deber ser* externamente determinado.

Posicionados en esta perspectiva, la dimensión corporal humana cobra una relevancia significativa. No hay posibilidad de trascendencia, en ningún nivel y sentido, sin una motricidad inteligente, sensible, hábil, dispuesta, confiable. Una motricidad inmanente al ser corporal -que no es más que una dimensión del ser humano en sí- como posibilidad de proyección, propia y única.

Es por esta razón que no puede tratarse a la corporeidad humana con ideas y conceptos generalizados, uniformadores, al mismo tiempo simplificadores, una tendencia que el racionalismo científico y la cultura dominante han instaurado, idealizando *un deber ser* o considerando al cuerpo como un objeto a tratar sólo científica y técnicamente o a dominar cultural y políticamente. Este imaginario, gestado a partir del pensamiento científico empírico-racional y los dispositivos de dominación cultural y social iniciados con la modernidad, dejan de lado la esencialidad del *Dasein*, para circunscribirla y limitarla.

“La forma del hombre de lidiar con su corporalidad, las regulaciones y el control de su comportamiento corporal no es universal y constante, pero, sí, una construcción social, resultante de un proceso histórico. El hombre vive en un determinado contexto social con el cual interactúa en forma dinámica, pues, al mismo tiempo en que actúa en la realidad, modificándola, esta actúa sobre él, influenciándolo y, hasta podemos decir, direccionando sus formas de pensar, sentir y hacer. Así, las concepciones que el hombre desenvuelve respecto de su corporalidad y de sus formas de comportarse corporalmente están ligadas a condicionamientos sociales y culturales. La cultura imprime sus marcas en el individuo dictando normas y fijando ideas en las dimensiones intelectual, afectiva, moral y física, ideas esas que indican a la Educación lo que debe ser alcanzado en el proceso de civilización. Salin Gonçalves (1994: 13).

En la cita anterior, Salin Gonçalves resalta el aspecto cultural que influye en la constitución de la corporeidad de los sujetos y, en consecuencia, las formas que asumirá su motricidad como intencionalidad operante (Merleau-Ponty,

1946). El ser humano se encuentra tensionado, en consecuencia, entre el *deber ser* –drama instalado por la modernidad- y la *tragedia* –el ser en si del ser humano y sus arcaísmos-, cuestión que determina su posibilidad de asumirse libremente y actuar con sentido del presente efímero y, al mismo tiempo, permanente o de acotarse a los mandatos contextuales que delimitan los márgenes de expresión de su motricidad a un proyecto de futuro. “Podríamos fácilmente establecer un paralelo entre la razón y el futuro por un lado, la imagen y el presente por otro, [...] lo importante es la unión entre la vida y el presente.” (Maffesoli, 2000: 54-55)

Estas dos formas de considerar el Dasein, devienen en Occidente de la pugna aún no resuelta entre, por un lado, el pensamiento dualista heredado de la filosofía griega y consolidado por el idealismo y, por otro, el pensamiento existencialista, fenoménico, que tiende a considerar la vida desde un abordaje holístico, intuitivo de la enteridad del ser.

Para el interés de nuestro campo y de este trabajo en particular, los desarrollos anteriores devienen en un problema epistémico: qué conocimiento posibilita explicar la motricidad humana y, sucesivamente, determinar las finalidades de su tratamiento pedagógico.

Con el acelerado progreso de las ciencias, a partir del siglo XVII, el hombre pasó a considerar la razón como el único instrumento válido de conocimiento, distanciándose de su cuerpo, visualizándolo como un objeto que debe ser disciplinado y controlado. Fragmentado en inúmeras ciencias, el cuerpo pasó a ser un objeto sometido al control y a la manipulación científica (Salin Goncalvez, 1994: 16).

Salin Goncalvez presenta con claridad el problema epistémico que lleva a basar las intervenciones pedagógicas de la denominada educación física⁵ en el conocimiento obtenido a través de las ciencias empírico-rationales y la influencia del pensamiento moderno, el deber ser que ha generado el imaginario del futuro a lograr, llevando los procesos pedagógicos para modificar

5 Se utiliza convencionalmente el concepto de educación física, por su universalidad y legitimación social, más allá de los debates actuales (educación corporal, educación motriz, otras) sobre la pertinencia de esta denominación disciplinar.

la motricidad esencial de los sujetos con vistas a un “rendimiento” mayor en el mediano plazo, difiriendo el placer del accionar motor a la obtención meritocrática de metas prefijadas, externamente o por los propios sujetos, alienados en la adquisición de cuerpos estética y funcionalmente aprobados. Y esto nos lleva a planos y formas de la necesidad de trascendencia, generados externamente a los seres humanos, por otros seres humanos, en una delegación de la libertad y del sentido emancipador. Se impone heterónomamente jugar el juego de la vida establecida y hegemonizada, tratando de trascender dentro de lo que permiten sus normas y pautas, en sociedades basadas en el conocimiento científico y tecnológico racionales y en dispositivos de control a cargo de sectores dominantes. “La oposición entre el mundo del cuerpo y el mundo de los fines racionales camina paralelamente a la eliminación de la vivencia subjetiva de la corporalidad” (Salin Goncalvez, 1994:11)

Nuestro campo de intervención profesional, dentro de esta concepción, ha asumido el deporte, por ejemplo, como espacio para un particular modo de trascendencia, conquistada en la competición épica. La historia y la actualidad de la humanidad señalan a las conquistas guerreras, con sus héroes y sus epopeyas, con una distinción sin parangón social con otras realizaciones humanas. Derrotar ejércitos, invadir y ocupar territorios sojuzgando a otros seres humanos sin piedad, destruir y asolar, tiene una alta valoración social, política y económica en el actual sistema capitalista, en un contradictorio paralelismo con el pregón de formas civilizadas y discursos pacificadores. El General Dwight Eisenhower –a modo de ejemplo-, estrategia militar que trascendió a través de sus victorias bélicas en la Segunda Guerra Mundial, convivió con Mahatma Gandhi, un ser humano que hizo de la resistencia pacífica un modelo sin par de trascendencia humana.

El deporte idealiza a los héroes que en un *hacer como sí* mimetizador de la guerra, luchan denodadamente por imponerse en competencias donde la muerte es simbolizada por la derrota del oponente y el ganador es premiado. Consecuentemente, la educación física se debate entre una fuerte dedicación a formar deportistas para que logren trascender en las luchas ludificadas que

propone el sistema deportivo, asumidas por la escuela, con intensos esfuerzos de sus protagonistas adherentes para lograrlo, ateniéndose a su rígida normativa y alta tecnificación motriz o, desde una perspectiva opuesta, exaltar un desarrollo de la motricidad complejo, abierto a la vida en todas sus manifestaciones, al encuentro de los sujetos con su mismidad y, a partir de esa comunión intrínseca con sus corporeidades, emanciparse de las trascendencias establecidas externamente para encontrar la propia. “El *Dasein* no puede ser *él mismo de un modo propio* sino cuando, por sí mismo, se posibilita para ello”. (Heidegger, op. cit.). La propuesta epistémica, cambia, entonces hacia el conocimiento emergente de un abordaje hermenéutico-histórico de la motricidad humana.

Silvino Santin sintetiza esta situación con meridiana claridad:

“El ser humano, además de toda sabiduría genética, puede programar su vida por la creación de nuevos conocimientos y de técnicas de intervención voluntaria sobre sí mismo. Es exactamente en este momento que la educación física puede trazar su acción específica. Podrá trazar una técnica para que el hombre actúe robotizado, automatizado. Podrá fortalecer el cuerpo para que se inmole en los campos de batalla, en defensa de supuestos ideales de humanidad, o para agotarse en los estadios, en las pistas de atletismo, en los estadios deportivos, en los rings, en los tatamis o en los gimnasios y piscinas. Podrá continuar usando la vida, o podrá enseñar, si es que se enseña, a vivir la vida”. (1995: 9)

El racionalismo ha llevado a hacer pensar, en su análisis fragmentado y serial, que es posible educar al cuerpo, ejercitando sus funciones una por una, modelando la motricidad a partir de patrones técnicos biomecánicamente establecidos, de juegos diagramados, corregir los “movimientos”, disciplinar la gestualidad y la productividad de los cuerpos, con la finalidad última de constituir entes limitados para encontrar su en-sí, su *Dasein*, prolijamente ordenados para acatar culturas y modos de vida impuestos.

El cuerpo no existe separado del ser, su entidad esta imbricada en la entidad del ser del ser humano. En consecuencia, los seres humanos son los que deben ser educados para comprender la plenitud y el sentido de libertad que

subyace a su motricidad, para que ésta fluya como fenómeno expresivo de la complejidad humana; una educación que genere situaciones para la exploración de la sensibilidad y la emoción, sin depender de racionalismos coartantes, en un transcurrir lúdico que lleva al encuentro con los Otros en un diálogo corporal que no necesita de palabras, sino de sensaciones compartidas, de búsquedas colaborativas de sus mejores expresiones como seres que afirmados en la vida cotidiana, la exaltan y trascienden en todos sus actos. Gómez Smyth (2014: 153), señala que “cuando se está jugando lúdicamente se sabe (o se reconoce) que se está a salvo de consecuencias, sean exclusiones, discriminaciones o dominaciones”, lo que nos lleva a afirmar que es en las situaciones donde prima el sentido lúdico, que la motricidad como fenómeno se muestra, aparece, se manifiesta en su esencialidad.

Conclusión

La trascendencia se visualiza, en consecuencia, desde una concepción de la vida que considera a ésta en sí misma trascendente, porque el *Dasein* se concreta en la motricidad operante, cotidiana, que hace trascender al ser humano, más allá de la angustia existencial, en cada acto que realiza, incluso sin desearlo, lo que abre una perspectiva diferente para una educación física, corporal, motriz, que ayude a los seres humanos a sentirse y concientizarse como trascendentes.

No es posible lograrlo si epistemológicamente se sigue sosteniendo el paradigma empírico-racionalista que, a su vez, sustenta la construcción de propuestas equivocacionistas sobre las que basar las intervenciones pedagógicas, al desconsiderar la subjetividad y el universo simbólico del ser humano.

Bibliografía

Heidegger, M. (1927/1993). *Ser y tiempo*. Barcelona:Editorial Planeta-De Agostini.

- Gómez Smyth, L. (2015). *Las intervenciones docentes y la construcción de situaciones lúdicas en la educación física infantil*. (Tesis doctoral inédita). Facultat d'Educació, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Maffesoli, M. (2000). *El instante eterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. México: F.C.E.
- Salin Gonçalves, M.A. (1994). *Sentir, pensar, hacer. Corporeidad y educación*. San Pablo: Papirus Editora..
- Santin, S. (1995). *Educación Física, ética, estética y salud*. Porto Alegre: Editorial Est.
- Sergio, M. (1999). *Un corte epistemológico. De la educación física a la motricidad humana*. Lisboa: Instituto Piaget.